

# Decrecimiento y turismo: el papel del sector turístico en la extralimitación planetaria. La necesidad de un cambio de modelo puesto al día

Rocío MEANA ACEVEDO

Universidad Complutense de Madrid, e-mail: romeana@ucm.es

Meana Acevedo, R. 2016. Decrecimiento y turismo: el papel del sector turístico en la extralimitación planetaria. La necesidad de un cambio de modelo puesto al día. In: Blázquez, M., Mir-Gual, M., Murray, I. y Pons, G.X. (eds.). Turismo y crisis, turismo colaborativo y ecoturismo. XV Coloquio de Geografía del Turismo, el Ocio y la Recreación de la AGE. Mon. Soc. Hist. Nat. Balears, 23: 79-90. SHNB-UIB-AGE. ISBN 978-84-617-5115-0.

**Resumen.** El crecimiento ilimitado no es posible si se desarrolla en un planeta finito como el nuestro. Hoy, con muchos de los límites planetarios ya alcanzados, se hace imperativo un cambio de modelo que vaya más allá de las soluciones basadas en el mercado y la tecnología que nos ofrece el concepto actual de desarrollo sostenible. Esta transformación puede ser aportada por el decrecimiento, un camino que nos insta a abandonar la inercia del crecimiento por el crecimiento para reencontrar el equilibrio entre los seres humanos, y entre éstos y la naturaleza. En este contexto, el turismo, una industria destructiva con el medio ambiente y las comunidades locales en sus manifestaciones mayoritarias, podría tener cabida si se desarrolla de un modo realmente sostenible, lo que implicaría una profunda reestructuración del sector.

**Palabras clave:** Límites del crecimiento, sostenibilidad, decrecimiento, turismo.

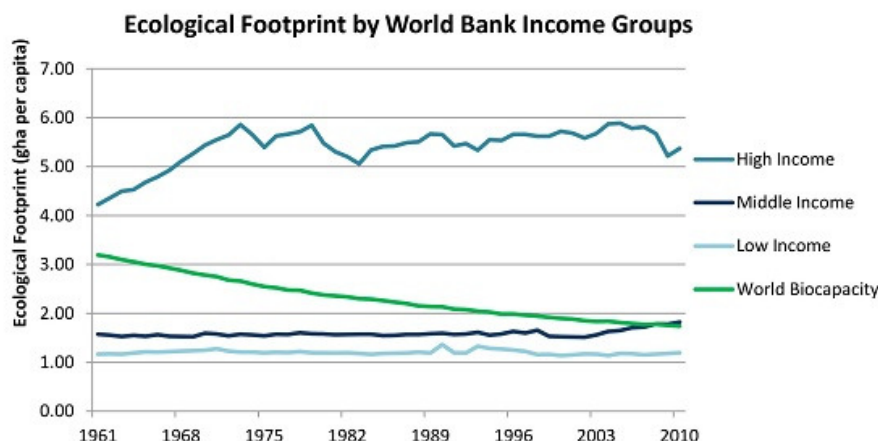
## La insostenibilidad del crecimiento ilimitado

El Holoceno ha llegado a su fin, según una parte importante de la comunidad científica, dando lugar al Antropoceno, una nueva era marcada por la incidencia del ser humano en el planeta. *“Esta nueva época es consecuencia del despliegue del sistema agroindustrial a escala global que se da junto con un incremento poblacional mundial sin parangón histórico. Todo ello ha actuado como una auténtica fuerza geológica con fuertes implicaciones ambientales: ha alterado el funcionamiento del clima de la Tierra, la composición y características de los ríos, mares y océanos, la magnitud de la biodiversidad planetaria, y el propio paisaje y territorio”* (Durán, 2011:9-10).

En 1972 el Club de Roma alertó por primera vez de los límites del crecimiento, señalando que el crecimiento exponencial de la población y la

economía real generaría la necesidad de emplear cada vez más capital para hacer frente a los impedimentos que se producirían por el agotamiento de los recursos y la capacidad limitada del planeta para absorber las emisiones, por lo que se llegaría a un punto en el que ya no se podría sostener la producción industrial. En la actualidad ya hemos llegado a una situación de extralimitación debido a tres causas: el paradigma de crecimiento sin fin sostenido por el sistema capitalista, la naturaleza finita de nuestro planeta como proveedor de recursos y sumideros, y la ausencia de una acción respecto a nuestra aproximación a esos límites. Dicho de otro modo, no hemos actuado a tiempo, por lo que ya se ha producido un desfase en nuestra respuesta ante esta grave situación (Meadows et al. 2006). Concretamente, la huella ecológica -que representa la porción de terreno que se necesita para suministrar los recursos naturales consumidos por la población y para absorber sus residuos- nos indica que, desde finales de 1980, vivimos por encima de la capacidad de carga del planeta, lo que quiere decir que consumimos más recursos de los que la Tierra nos puede proporcionar y emitimos más residuos de los que puede absorber. En la actualidad superamos la biocapacidad del planeta en un 40%, por lo que se necesita el equivalente a 1,4 Tierras cada año para satisfacer las demandas de la humanidad. Y lo que es más, si mantenemos un nivel de crecimiento económico del 3% del PIB – que asegure el bienestar de la humanidad según el Banco Mundial- en 2050 nuestra huella ecológica alcanzará las dos Tierras, lo que dificultará cada vez más satisfacer las necesidades de la población creciente y las generaciones venideras. En este contexto, es importante destacar que la huella ecológica se distribuye de manera muy desigual entre territorios y sectores sociales, siendo cinco veces mayor en los países industrializados que en aquellos que disponen de ingresos medios y bajos, de forma que la mitad de la población más pobre del planeta vive muy por debajo de la capacidad biológica de éste (McLellan et al., 2014). En contraposición, la huella ecológica de los países ricos es tan alta que no sólo superan su propia biocapacidad, sino que también absorben la de otras naciones -algo que se puede apreciar con claridad en la Figura 1. Como consecuencia, los países del Norte geopolítico han adquirido una enorme deuda ecológica con los países del Sur (Durán, 2011).

En definitiva, se puede concluir que la economía humana utiliza recursos y produce residuos a un nivel que no es sostenible. Los puntos de inflexión son difíciles de cuantificar, pues las fuentes y sumideros del planeta forman un sistema complejo e interrelacionado que lleva a que traspasar unos límites nos acerque a sobrepasar otros. No obstante, sí es seguro que ya hemos llegado a la extralimitación en aspectos como la pérdida de biodiversidad, que sufrió un declive respecto a 1970 del 52% en el año 2010 según el Índice del Planeta Vivo (McLellan, 2014); o el



**Figura 1: Evolución de la huella ecológica per cápita por nivel de ingresos (Global Footprint Network, 2014)**

cambio climático, ya que se estima que, con las pautas demográficas y económicas actuales, habrá un incremento de la temperatura respecto a los niveles preindustriales de entre 3,7 y 4,8°C –un aumento de temperatura muy por encima de los 2°C establecidos para no alcanzar puntos de no retorno- (IPCC, 2014). Como consecuencia, la humanidad se encuentra hoy ante dos posibles escenarios: Uno tendencial y de posterior colapso por el agotamiento de combustibles fósiles y los descensos en la producción agrícola y en la disponibilidad de agua a causa del cambio climático, la deforestación y la pérdida de biodiversidad; y otro de sostenibilidad si logramos reajustarnos a la capacidad de carga del planeta. El desarrollo sostenible ha resultado ser un acercamiento insuficiente para alcanzar el segundo escenario, a través de soluciones basadas en la utilización del mercado y la tecnología dentro del mismo modelo económico y sin poner en tela de juicio al crecimiento, llegando a considerarlo incluso imprescindible para incrementar la calidad ambiental o reducir la pobreza. Por lo tanto, sólo cabe optar por un cambio de modelo y comportamiento que permita que nuestra producción y nuestro consumo se adecúen a los recursos del planeta y la capacidad de sus sumideros, así como que reduzca las desigualdades entre seres humanos logrando satisfacer las necesidades fundamentales de toda la población. En la búsqueda de este objetivo, es donde cabe comenzar a hablar de decrecimiento.

### **El decrecimiento como respuesta**

Al abrigo de la reivindicación de la existencia de límites al

crecimiento y del desarrollo de la teoría bioeconómica del economista rumano Georgescu-Roegen, que enmarcó por primera vez a la economía en la biosfera a través de principios físicos como irreversibilidad del tiempo y la transformación entrópica de la energía y la materia, se desarrolla la noción de decrecimiento, si bien ésta no se ha convertido en objeto de debate hasta principios del presente siglo. Serge Latouche, economista y profesor emérito de la Universidad de París, ideólogo y principal defensor del decrecimiento, lo define en su artículo *Por una sociedad de decrecimiento* en *Le Monde Diplomatique* como “una necesidad, no un principio, un ideal, ni el objetivo único de una sociedad del post-desarrollo y de otro mundo posible”. Así mismo, añade que “su consigna tiene como principal objetivo el abandono del crecimiento por el crecimiento” (Latouche, 2003:3-4). De esta forma, el decrecimiento es, según Paul Ariès una palabra obús y no un concepto científico. Un contra-concepto que busca lo opuesto al productivismo, el libre mercado y el crecimiento ilimitado. El decrecimiento no significa entonces crecimiento negativo, sino un cambio de lógica y de trayectoria, pues “sabemos que la simple desaceleración del crecimiento hunde a nuestras sociedades en el desasosiego, aumenta las tasas de desempleo, y precipita la renuncia a programas sociales, sanitarios, educativos, culturales y medioambientales que garantizan el mínimo indispensable de calidad de vida. No hay nada peor que una sociedad de crecimiento en la que el crecimiento no está a la orden del día” (Latouche, 2009: 16). Dicho de otro modo, el sistema actual está condenado a crecer continuamente, y si esto no ocurre entra en crisis. Por lo tanto, el decrecimiento no puede ser desaceleración dentro del sistema actual. Se trata de un nuevo enfoque, una filosofía que nos apremia a cambiar nuestra forma de ver el mundo y a abandonar la sociedad de consumo, renunciando a la inercia del crecer por crecer para reencontrar un equilibrio entre los seres humanos y entre éstos y la naturaleza.

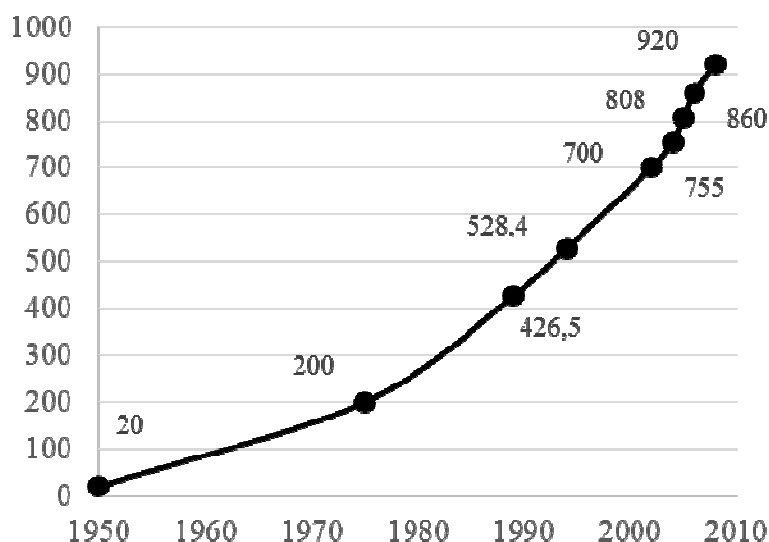
Para tomar este camino, Serge Latouche insiste en la necesidad de una revolución cultural basada en el llamado círculo virtuoso de las ocho “R”, ocho principios interdependientes e imprescindibles para comenzar un proceso de decrecimiento: reevaluar sustituyendo el individualismo, el consumismo y la competencia por la colectividad, la sencillez y la cooperación; reconceptualizar la riqueza y la pobreza dejando de definirlas únicamente en términos monetarios, y la felicidad y el progreso como indicadores de mejora cualitativa y no de abundancia cuantitativa; reestructurar el aparato productivo y las relaciones sociales en función de la nueva escala de valores para hacer frente a la crisis ecológica; redistribuir la riqueza y el acceso al patrimonio natural entre el Norte y el Sur, entre clases sociales y entre las distintas generaciones; relocalizar la economía y descentralizar la toma de decisiones; reducir nuestro impacto en la biosfera a través de un cambio en nuestra forma de producir y

consumir; y por último reutilizar y reciclar de modo que se alargue el ciclo de vida de los productos y se evite el derroche (Latouche, 2009). Ante todo lo expuesto cabe preguntarse cuál es el papel del turismo en una necesaria sociedad de decrecimiento. La respuesta no es sencilla, así como no puede darse sin analizar antes la contribución de este sector a la situación de extralimitación planetaria y sus impactos en las comunidades locales de destino.

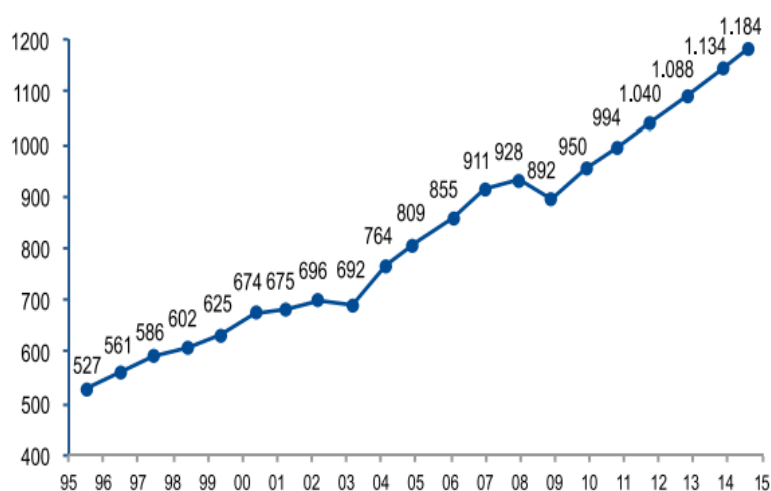
### **El papel del turismo en la crisis socioambiental**

El turismo es hoy una de las mayores industrias del mundo, pues representa el 11% del Producto Mundial Bruto -incluyendo actividades auxiliares al sector como el transporte-, habiendo experimentado además, desde la mitad del pasado siglo, un crecimiento exponencial (Buades, 2012). Concretamente, el número de desplazamientos internacionales fue de 20 millones en 1950, una cifra que pasó a ser de 200 millones en sólo 25 años, más de 426 millones a finales de los años 80, 920 millones en 2008 y 1.200 millones en 2015 (Figuras 2-3). Las tasas de crecimiento son abismales: un 800% entre 1950 y 1975, un 113% entre 1975 y 1989, y un 115% desde esa fecha hasta 2008 (Miranda, 2011). De este modo, en sólo 65 años los desplazamientos internacionales de personas con fines turísticos se multiplicaron por sesenta a causa de un crecimiento prácticamente continuado con la excepción del año 2009, que experimentó una caída del 4% en el contexto de una crisis sistémica que, sin embargo, no ha impedido que a partir del año 2010 el turismo continuara con la misma tendencia, alcanzando una tasa de crecimiento interanual de más del 4% hasta 2015. Adicionalmente, en estos años de crecimiento turístico, la participación de los países del Sur en la recepción de visitantes se ha visto incrementada, habiendo cursado, por ejemplo, un incremento del 10% entre 1995 y 2009 (Miranda, 2011).

Con todo, las cifras mencionadas hasta ahora no deben ocultar dos hechos indiscutibles y esenciales a la hora de analizar el sector. El primero, es que, pese a su incremento, el fenómeno turístico no deja de ser exclusivo de la clase consumidora mundial -habitante en su mayoría en los países del Norte- dejando totalmente fuera de su demanda a más de tres cuartas partes de la población mundial (Gardner et al., 2004). El segundo, es que este crecimiento continuado choca con los límites biofísicos del planeta -tanto en términos de finitud de recursos como de saturación de sumideros-, así como conlleva en los destinos una serie de impactos sobre las poblaciones locales a causa de la masificación de los visitantes y de la explotación de sus territorios.



**Figura 2:** Evolución de desplazamientos internacionales en millones entre 1950 y 2008 (Miranda, 2011).



**Figura 3:** Llegadas de turistas internacionales en millones entre 1995 y 2015 (OMT, 2015)

En términos económicos, las alabanzas recibidas por el turismo son bien conocidas y van muy en la línea del discurso dominante que considera el crecimiento del PIB, la inversión extranjera, o la entrada de divisas como indicadores válidos y positivos de desarrollo: El turismo genera el 8% de los empleos del planeta y a su expansión se destinan el 10% de la inversiones públicas y privadas legales (Buades, 2012). Además,

promueve la creación y mejora de infraestructuras, impulsa otras actividades productivas, pone en valor el patrimonio y equilibra las balanzas de pagos de los destinos. El broche a todo este argumentario lo pone la teoría del denominado *trickle down effect*, que viene a decir que el crecimiento económico beneficia a los estratos socioeconómicos más desfavorecidos a través de una suerte de derrame de arriba hacia abajo que hace que el turismo, pese a beneficiar en primer término a los estratos superiores, sea un camino para reducir la pobreza (Miranda, 2011). Todos estos beneficios deben ser no obstante analizados en el contexto en el que el turismo se desarrolla, es decir, en el marco de una economía neoliberal globalizada que tiene al crecimiento como único motor de desarrollo. De este modo, como generador de empleo, el turismo está caracterizado por una alta estacionalidad y, en ocasiones, una baja cualificación, así como es también destructor de puestos de trabajo en otros sectores –sobre todo en aquellos relacionados con la alimentación-. Como consecuencia, se tiende a una excesiva especialización de muchos destinos, donde esta actividad llega a convertirse en un monocultivo, disminuyendo su capacidad de autoabastecimiento y haciéndoles mucho más dependientes de la economía global en lo que a evolución de precios y demanda se refiere. Por otro lado, el turismo es responsable de cambios en los usos del suelo y del encarecimiento del mismo en detrimento de las poblaciones locales, algo que se extiende a otros recursos básicos como el agua o los alimentos. Todo ello sin olvidar la elevada tasa de retorno que existe en muchos destinos situados en los países del Sur, donde la mayor parte de los ingresos recibidos por turismo –entre un 20 y un 80%- se ven repatriados a los países del Norte a pesar de ser contabilizados como beneficios en términos de PIB, un indicador que, dicho sea de paso, tampoco garantiza que las rentas que sí se quedan en destino sean justamente distribuidas (Gascón, 2012).

Por otro lado, el turismo es también frecuentemente alabado en cuanto a su papel como factor de intercambio sociocultural entre los visitantes y las poblaciones autóctonas. Sin embargo es necesario tener en cuenta que cuanto menor es la participación de las poblaciones locales sobre la toma de decisiones y la gestión turística, más asimétrico resulta este intercambio y más negativos son sus efectos a causa de una excesiva mercantilización y degradación de la cultura del destino.

Pasando a analizar la contribución del turismo a la crisis ecológica descrita en el primer apartado de esta comunicación, resulta destacable que el discurso dominante posiciona a esta actividad como beneficiosa para el medioambiente, alegando que contribuye al mejoramiento de los entornos naturales para el disfrute de los visitantes y de la sociedad de destino. Los motivos son dos: por un lado, la propia definición, tan extendida, del concepto de desarrollo sostenible, que considera al crecimiento económico

como necesario para la mejora ambiental. Y por otro lado, la propia naturaleza del turismo como industria multisectorial, algo que le ayuda a desviar la atención de sus impactos a otros sectores -como la construcción o el transporte-. A pesar de todo, es un hecho que el turismo de masas tiene una implicación directa e indirecta en los principales problemas ambientales del planeta: En primer lugar, se sirve del territorio para el desarrollo de sus infraestructuras y civiliza del paisaje para que éste se adapte a los gustos y comodidades del turista, lo cual inevitablemente tiene consecuencias sobre los ecosistemas locales y la pérdida de biodiversidad. En segundo lugar, aumenta los requerimientos energéticos y materiales, incrementando la presión sobre las fuentes del planeta y también sobre los sumideros a causa de una mayor generación de residuos y de emisiones de gases de efecto invernadero a la atmósfera, principalmente a causa del transporte aéreo. En este sentido, teniendo en cuenta que el 43% de los viajes turísticos se realizan en avión y que los viajes en este medio de transporte contribuyen al 3% del total de emisiones mundiales de CO<sub>2</sub>, resulta obvio que el turismo se encuentra estrechamente relacionado con el cambio climático. Concretamente, su contribución a esta emergencia global representa un 5% -de la cual un 40% es responsabilidad del transporte aéreo y un 20% del sector hotelero- (Miranda, 2011). Lo preocupante es que esta tendencia parece estar aún lejos de revertirse a causa de medidas como la ausencia de carga impositiva en el combustible de los aviones, la consecuente proliferación de los vuelos low cost, o la no inclusión de la contaminación aérea en los objetivos de tratados internacionales sobre cambio climático como el Protocolo de Kioto o la COP21 de París -algo que también se aplica al transporte marítimo-. Así mismo, las proyecciones en cuanto a hábitos de viaje, que apuntan a desplazamientos cada vez más largos, fragmentados y frecuentes, tampoco resultan esperanzadoras.

En definitiva, se puede concluir que el turismo es hoy una industria estructuralmente insostenible, basada en la explotación a gran escala de los recursos de los destinos, en desplazamientos cada vez más frecuentes, a más distancia y más velocidad y en una desregularización y liberalización cada vez mayor. Como consecuencia, es momento de buscar un cambio de modelo en el sector que lleve por un lado, a su ajuste dentro de los límites biofísicos del planeta, y por otro lado al bienestar de las comunidades locales de destino a través de la reducción de la pobreza, la satisfacción de sus necesidades básicas y el respeto a su cultura.

## **Decrecimiento y turismo**

A partir del debate suscitado por los impactos socioculturales y ambientales del turismo y al abrigo del desarrollo sostenible, aparece el



concepto de turismo sostenible como aquel que responde a las necesidades de los turistas, las comunidades anfitrionas y las generaciones futuras en una dimensión económica, social y medioambiental. Es a partir de entonces cuando surgen nuevas formas de turismo alternativo, como el ecoturismo, el turismo rural, o el pro-poor tourism. Alternativas que, desafortunadamente, no han auspiciado una reflexión sobre la insostenibilidad del sector dentro del modelo económico dominante, sino que simplemente han respondido en la mayoría de los casos a una necesidad de descentralización y búsqueda de nuevos segmentos de mercado.

En la búsqueda de un modelo socioeconómico más sostenible como el que propone el decrecimiento, el turismo debe seguir dos caminos complementarios: uno de reducción que le permita ajustarse a la capacidad de carga del planeta y de los destinos, y otro de reestructuración que le lleve a convertirse en un sector verdaderamente sostenible y responsable con el medioambiente y la sociedad. Por lo tanto, la industria turística -y más concretamente el turismo internacional- deben decrecer por motivos lógicos, tales como sus graves impactos sobre la biodiversidad y el clima del planeta, o la finitud de los recursos naturales y energéticos; pues no olvidemos que el turismo es un sector intensivo en consumo de combustibles fósiles, lo que le hace especialmente vulnerable ante el pico del petróleo, que si no ha sido alcanzado ya, no tardará en llegar. Por este motivo se hace imperativo, por un lado, que el precio de los viajes aéreos comiencen a incluir todas sus externalidades sociales y medioambientales, y por otro lado, limitar la escala en los destinos turísticos para disminuir su dependencia energética y de recursos a través del estudio de su huella vacacional para no superar su capacidad de carga. Dicho esto, cabe precisar que, teniendo claro que el turismo debe decrecer, debe hacerlo sin exclusión social, evitando, por ejemplo, la estrategia de abogar por un turismo de alto poder adquisitivo y optando por otras medidas, como gravar fiscalmente el exceso, la acumulación y el derroche de recursos (Blázquez, 2016). Como consecuencia, si hablamos de decrecimiento debemos hablar también de dinámicas de redistribución y de empoderamiento colectivo que pongan contra las cuerdas las reglas del capital. Aquí es donde entra en juego el camino de la reestructuración del sector, tanto desde el lado de la oferta como desde el de la demanda.

Centrándonos en la oferta, es necesario en primer lugar que las poblaciones locales participen de forma equitativa en el control y la gestión del turismo, así como en la repartición equitativa de sus beneficios. Así mismo, el decrecimiento debe combinarse con el desarrollo de otros sectores productivos en los destinos que permitan una mayor diversificación económica y capacidad de autoabastecimiento, evitando así el monocultivo turístico y como consecuencia una excesiva dependencia

del sector. De esta forma se reducirían las altas tasas de retorno de muchos países del Sur, que podrían producir localmente para cubrir las necesidades de su población y de los visitantes. Por otro lado se precisa una mayor ecoeficiencia –condición necesaria aunque no suficiente para la sostenibilidad-, así como una gestión coherente del patrimonio y de los destinos, que adecúe el modelo turístico a las especificidades de cada territorio huyendo de la mercantilización y el consecuente deterioro de los valores endógenos de las comunidades locales. Llegados a este punto, tiene mucho sentido dirigir la mirada hacia el Turismo Rural Comunitario, un modelo de gestión turística presente principalmente en algunos países de América Latina, en el que “la población rural, en especial pueblos indígenas y familias campesinas, a través de sus distintas estructuras organizativas de carácter colectivo, ejercen un papel central en su desarrollo, gestión y control, así como en la distribución de sus beneficios”, todo ello sin sustituir las actividades agropecuarias tradicionales -agricultura, ganadería, pesca o artesanía-, sino ampliando y diversificando las opciones productivas de las comunidades rurales y complementando así las economías de base familiar campesina (Cañada, 2012: 123). De esta manera, se favorece la soberanía alimentaria, la conservación del territorio y la participación de las comunidades locales en la toma de decisiones y el reparto de beneficios, logrando así la sostenibilidad en las tres dimensiones que la componen: medioambiental, social y económica.

Por último y a nivel global, es ineludible apostar por un turismo de proximidad –imprescindible por la emergencia climática y el inminente fin del petróleo barato- y por una tendencia hacia viajes más largos y menos frecuentes, lo cual implica irremediablemente un desaprendizaje del consumo viajero y un consecuente cambio de mentalidad en la clase consumidora mundial en lo que se refiere a su búsqueda de la velocidad, el elitismo y el privilegio social (Miranda, 2011). En esta dirección surge el concepto del *Slow Tourism* o Turismo lento, cuya idea central es -dentro de la filosofía slow sobre la desvinculación de la vida materialista impuesta por la economía globalizada- comenzar la experiencia turística desde la elección del transporte bajo un criterio sostenible, así como efectuar viajes más largos y menos frecuentes para disfrutar de más tiempo de ocio para recuperarse, desarrollarse como persona y aprender del destino y sus gentes. Todo ello sin olvidar la oferta de un producto más local y la demanda de un consumo responsable que lleve a un menor gasto energético y material (De Luis, 2011).

En definitiva, al igual que se precisa cuestionar el modelo de crecimiento ilimitado en cuanto a su capacidad para la satisfacción de las necesidades humanas, se hace necesario que, ante la crisis ecológica y los impactos sociales de esta industria, se realice una reflexión sobre el actual

modelo turístico. Siendo el objetivo “una reducción transformadora que podría materializarse en un tipo de turismo en el que se de prioridad al cuidado del medio ambiente, la frugalidad, la lentitud, la mesura y la revaloración de la proximidad” (Miranda, 2011: 319). Esto implica poner en marcha mecanismos de transición integrados, que incluyan a otros sectores productivos y que se adapten a las singularidades de cada territorio. Evidentemente, estos procesos de cambio no serán sencillos, ya que en la actualidad, existen muchas sociedades que son muy dependientes del turismo, así como hablamos de un sector que se encuentra controlado por un número reducido de grandes grupos que tienen una gran capacidad de incidencia política y que, no dispuestos a renunciar a sus altos niveles de rentabilidad, van a luchar para mantener y seguir ampliando el modelo actual. Por tanto, el reto consiste ahora en plantearse cómo preparar la transformación económica y ecosocial que se precisa, y en cómo estimular su expansión para lograr un modelo turístico realmente sostenible en un contexto de decrecimiento.

## Bibliografía

- BLÁZQUEZ, M. (2016). “Per on decréixer turísticament? Una alternativa ecosocialista”. Alba Sud, 26 de mayo. (<http://www.albasud.org/blog/ca/883/per-on-decr-ixer-tur-isticament-una-alternativa-ecosocialista>)
- BUADES, J. CAÑADA, E Y GASCÓN, J. (2012). *El turismo en el inicio del milenio: una lectura crítica a tres voces*. Colección Thesis, 3. Foro de Turismo Responsable. Madrid.
- CAÑADA, E. Y GASCÓN, J. (2005) *Viajar a todo tren. Turismo, desarrollo y sostenibilidad*. Icaria. Barcelona.
- CARPINTERO REDONDO, O. (2006). *La bioeconomía de Georgescu-Roegen*. Montesinos. Barcelona.
- DE LUIS BLANCO, A. (2011). “Una aproximación al turismo slow: el turismo slow en las Citta.low de España”. *Investigaciones Turísticas*, 1. pp. 122-133.
- DURÁN, R. F. (2011). *El Antropoceno*. Virus Editorial. Barcelona.
- MIRANDA, R. F. (2011). *Viajar perdiendo el Sur: Crítica del turismo de masas en la globalización*. Libros en Acción. Madrid.
- GARDNER, G. ASSADOURIAN, E. Y SARIN R. (2004). “La situación del consumo actual”. *La situación del mundo 2004: la sociedad de consumo. Informe anual del Worldwatch Institute sobre el progreso hacia una sociedad sostenible*. Centro de Investigación para la paz, 2004. pp 35-64. Icaria. Barcelona.
- GISBERT, P. (2007). “Decrecimiento: camino hacia la sostenibilidad”. *El ecologista*, 55.
- IPCC (2014). *Cambio climático 2014: Informe de síntesis*. Contribución de los Grupos de trabajo I, II y III al Quinto Informe de Evaluación del Grupo

- Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático. IPCC. Ginebra.
- LATOUCHE, S. (2003). “Por una sociedad de decrecimiento”. Le Monde Diplomatique, 97. Edición Española.
- LATOUCHE, S. (2009). *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*. Icaria. Barcelona.
- MCLELLAN, R. IYENGAR, L. JEFFRIES, B. Y OERLEMANS, N. (2014). *Living Planet Report 2014: species and spaces, people and places*. World Wide Fund for Nature. Gland.
- MIRANDA, R.F. (2011) *Viajar perdiendo el Sur. Crítica al turismo de masas en la globalización*. Libros en acción. Madrid.
- MEADOWS, D. H. RANDERS, J. Y MEADOWS, D. L. (2006). *Los límites del crecimiento: 30 años después*. Galaxia Gutenberg. Barcelona.
- ORGANIZACIÓN MUNDIAL DEL TURISMO (2015) *Informe anual 2015*. OMT. Madrid.